

Fuera de concurso

Escribete: CLEMENTE AIRO

Iba descalzo y tenía la cabeza rapada. Metió una mano en el bolsillo del pantalón y volvió a contar las monedas sin sacarlas. Puso en la faena unos ojillos desapasionados, sin emoción, mientras la cabeza trabajaba. Para los números no era un lince, tampoco para la lectura, pero sabía contar monedas al mero tacto de los dedos. La vida está que pinta, hermano. Había terminado. Sacó la lengua y en seguida escupió. Dos con treinta, treinta, ta, ta. Pegó un brinco como cuando quiso escapar y lo agarraron.

—¿Cómo es tu nombre?

—Estanislao Santos —con la cabeza gacha y los brazos estirados pegados al cuerpo.

—Años.

No contestó.

—¿Que cuántos años tienes!

—Doce para julio, sí, para julio —igual hubiera podido responder que diez o catorce. Le daba lo mismo. Todo esto es para fastidiar y nada más. ¿Para qué tanta preguntadera?

—El nombre de tus padres.

Se quedó mudo, sin levantar la mirada. Nada le iba a pasar porque no contestara. El lo sabía muy bien.

—¿De dónde son tus padres?

—Eso yo no lo sé. Solo sé que son de por allá. Allá quedaba el mundo ancho, enigmático, hermético y seguramente maravilloso.

—Y tú, ¿de dónde eres?

—Yo soy de aquí, sí, de aquí.

Aquí eran las calles, los parques, plazas, los recovecos. Y como le siguieron preguntando, decidió hablar mucho y rápido, pero sin emoción ni colorido:

—Cuando era de cinco años estaba en la casa. Yo me acuerdo que mi mamá me pegaba mucho y me acuerdo que tenía un taller de carpintería y me acuerdo que eché una perra dentro de un baúl y la maté, y entonces fue...

—Ya, ya...

Y se lo llevaron a lo del baño, la ropa nueva y la rapada de pelo. El amparo de niños que le tocó esa vez, era como todos los amparos. El, ya había estado en otro. De todos se puede uno volar con todo eso que sabe uno.

Después del brinco metió carrera veloz. Lo apodaban **Piesdeviento**. Se detuvo en seco:

—Una de vainilla —y apoyó ambos brazos sobre el carricoche de los helados.

—¡La plata!... son cuarenta centavos.

—¡Vamos, hermano, qué crees! —y le lanzó las dos monedas de a veinte. Se puso a chupar la copa de helado como príncipe en los jardines de su palacio. Todos sus movimientos eran rápidos, nerviosos, de suficiencia. —¿Echamos una? —le propuso al heladero.

El heladero sacó una bolsa roja oscura que contenía bolitas con números y la comenzó a agitar. Dos vendedores de cigarrillos de contrabando se acercaron y pusieron sendas monedas sobre el carrito. El los miró contento. Pataleó, brincó, metió una mano en la bolsa, esperó hasta que la sonrisa le cruzó el rostro cuando le dieron una moneda de a veinte. Entonces silbó largo.

—¿Va otra? —Volvió a ganar otra moneda de a veinte ¡Y buena que está la crema! Y de nuevo le cruzó la sonrisa mientras chupaba el helado. ¡Va buena, como que es de gratis! Pegó otro brinco y salió disparado cruzando la calle entre el río de automóviles.

La carrera no duró mucho. Pa allá no trepo. Allá estaba **El Garrote** con su gran cicatriz purulenta en el brazo derecho y la correspondiente aún más repugnante en la pierna. No aguanta una y se pone colino si uno trabaja en su zona. Hacia el norte estaba **El bizco** con **La tijera** estucheando, y a el no le gustaba el trabajo de abrir autos para la suerte de lo que hubiera bajo los asientos o en la guantera. Para estuchear era necesario la pandilla, la recocha, y en toda pandilla siempre tiene que haber un jefe, un perro. Pero a veces lo había hecho. ¡Ah, hermano, la vida tiene sus caprichos!

Se metió entre el gentío. Era como si estuviera en un bosque, pero el era el astuto tigre. Su bosque particular. Zigzagueó y olió, hasta se rozó con cualquiera como para entrenamiento. Se sentó al borde de la acera. Uno, dos, tres, cuatro... ¡No! A empezar. Uno, dos, seis, diez. ¡No! Se confundía, pues el edificio era alto y sus ventanas iguales. ¡Las condenadas! Por fin remató: dieciocho pisos. Y le tuvo sin cuidado. Volvió a escupir y pataleó alzando las piernas y entonces reaccionó como era su deber:

—¡Hola, hermano, y usted de dónde!

El muchacho que pasaba tenía una mata de pelo color azafrán apagado, una camisa demasiado grande y tremendamente sucia. Calzaba zapatos de lona rotos por donde asomaban los dedos de los pies. Parecía más fornido. Todo lo sopesó él. Y el otro no le había contestado.

—¡Párate! —y le largó un puntapié por la espalda.

—¡Y eso! —volviéndose.

—Esta es mi zona.

—¡Y a mí qué!

—Tu eres un fregao, eh... o te crees perro...

Se le tiró al cuello y cayeron ambos revolcándose. En cuanto comenzó la pelea hicieron corro varios curiosos, vendedores de cigarrillos y los lustrabotas de la esquina pararon la tarea para azuzarlos. De cuando en cuando se ponían de pies y comenzaban la danza espiándose buscando el momento de lanzar los golpes. El, era todo un manojo de nervios. Rodaron de nuevo para satisfacción del coro azuzante que gozaba con el espectáculo. Pero la pelea terminó tan rápida como había comenzado. El otro emprendió carrera. Sonriente se volvió a los del corrillo y chispeando los ojos dijo: —¡Yo le agarré por el pescuezo y se lo apreté hasta donde pude, hermano! —Y de inmediato pegó carrera por si acaso algún policía estaba por llegar. —Me llaman **Piesdeviento** y en mi zona no tiene otro que entrometerse a carajear. Y sintió el deseo de entrar en acción. Los olores los separaba con sumo cuidado, atento. La nariz registró ahora los de manzana, queso, jamón. Estaba cerca de la tienda de rancho y licores. Si lo rebajan a uno, pos se friega. Y recordó el asunto con **El comelón**.

—¡Cómo va a ser, patrón, mire y determine... bien vale dos gambas! —dos billetes de a cien—.

—Tú, gozque asqueroso, ¿quieres mandar aquí?

El no pudo rechistar. **El comelón** compraba lo robado y tenía compinches y prestigio. Se cree perro y va a ser él el gozque.

—Todo se va empeorando cada día más —oía predicar al padraastro de turno.

Y, ¿qué era lo que se empeoraba? Se quedó contemplando su esquina predilecta, allí se cruzaban dos avenidas y no cesaba nunca el río de las gentes y los automóviles. Las montañas asomaban pétreas y colosales por detrás de las edificaciones. El viento bajaba de ellas refrescando los pulmones. No sabía qué se empeoraba. Se puso a silbar. Sabía que su mamacita estaba ahora sosegada. ¡Qué le importaba que hubiera recibido él tantos golpes y malos tratos! El iba a veces por la casa y se quedaba varios días. Hacían fiestas con cerveza y fritangas, iban al cine, bebían hasta quedar dormidos. Pero que dejaran a su mamacita tranquila. Le daba miedo de solo pensar que fuera a perderse otra vez, como cuando estaban viviendo con la hermana Luisa donde la Petra, y el cuarto de

ellos tres tenía un ventanuco que daba sobre el techo de zinc de un taller de carpintería, y la madre estaba arreglando sus petates porque había declarado que ya estaba harta y se largaba, y él sentía la angustia de quedarse sin su mamá.

—¡Qué no, qué no! —lloriqueaba.

—Tu echas mucha milonga y eres poca cosa para mí. Pero por aparte de las palabras había habido cierta ternura en la mirada que le dirigió.

Y le susurró él algo a la hermana, que estaba entonces ya muy moza, y la hermana se había encogido de hombros y se fue de la habitación. Y cuando la madre salió un momento a quién sabe qué, y dejó abiertos los petates, el echó mano a donde sabía estaba el dinero de la madre y en seguida lo tiró todito por el ventanuco. Las monedas repiquetearon sobre las latas y los billetes se fueron en revoloteo de mariposas asustadas. ¡Y buena fue la que se formó! Lluvia de golpes y amarrada de pies cabeza para abajo. ¡Fue cuando me llevaron de primeras al reformatorio! Y parecía que aún escuchara los alaridos de la madre y aún le dolieran los golpes de aquella ocasión, y él que clamaba una y otra vez:

—¡Para que no te fueras, mamacita!... ¡Para que no te volaras, mamita!... ¡Para que no te fueras!... ¡La plata es mala!

Y esta idea ahora se le quedó entre ceja y ceja. Pasaban los automóviles lujosos con señorones y señoronas. Esos tienen plata y son malos, entonces, endilgan y planean y es malo todo eso que hacen también. Son fregaos los muy perros. Y para qué te quiero, lo ves, ¿para qué te lloras?... Las ideas se le cruzaban confusas dentro de su cabeza rapada y ninguna cogía bastante firmeza. En el reformatorio amparo de menores, se practicaba la disciplina y se enseñaba buena conducta. También religión, higiene. Los rapaces parecían escuchar atentos.

—Robar no es legítimo. No está permitido. Hay que saber qué es permitido y qué no es permitido. Si se roba entonces se demuestra una conducta desviada.

Y le habían preguntado a él si estaba conforme con su vagabundeo de joven desamparado.

—Yo quiero ser capitán —la respuesta sorprendió y tensionó la atención del tribunal que los examinaba y hasta de los propios rapaces compañeros.

—Y ¿por qué quieres ser capitán?

—Porque... porque —y rápido— porque es muy de prestigio, y también uno manda mucho de capitán.

—Y ¿cómo crees que vas a lograr ser capitán?

—Con heroísmo. Me voy para el cuartel y le jalo al heroísmo. Lo ascienden de enseguida a uno.

Escuchó las carcajadas y hasta él mismo acompañó. Era una idea de chimba. Pero por si acaso propuso una variante:

—Bueno, en el caso, pues seré médico y ya no pa qué robar.

—Esto va mejor —dijo uno de los del tribunal— ¿Y cómo lo vas a lograr?

—Se puede estudiar que aún hay tiempo. Se puede ahorrar, trabajar y habiendo suerte se da la ayuda uno con lo del robito...

—Bueno, vas a dejarte de indisciplinas y aquí lo que tienes que hacer es aprender lo que se te enseña —y no lo dejaron hablar más, aun cuando el echaba chispa y quería seguir. Pero se devolvió hacia sus compañeros canturreando a media voz:

*Tú para tu casa
yo para la mía.
Palo, palo, palo
palo bonito, palo e.*

Los muy perros platudos son fregaos, volvió a repetirse y sonrió. Dio otra carrera zigzagueando entre las gentes y delante del puesto de revistas se acuclilló para mirar las portadas con tantas hembronotas en los meros cueros. ¡Vaya que cosas hacen los platudos!... y cuando se presenta, uno va y marranea con las muchachas. El vendedor le empujó:

—¡Fuera!

Se echó al suelo y alzó los pies desnudos, comenzando a dar gritos suaves como si fuera canción. Se incorporó y estaba la vitrina con los objetos relucientes. Todo, todito mio, para la mi casa linda. Movía los dedos de los pies hacia arriba y abajo, se relamía y contorsionaba mientras iba pensando: con lo del caimaneos vamos tirando, vamos tirando. Y al cuerpo le imprimía aire de danza. Pocos tenían como él la destreza de dar un certero tirón y hacerse al bolso de señora descuidada. Emprendía carrera zigzagueando y desaparecía en un abrir de ojos. Los gritos de la despojada quedaban atrás como hurra de victoria.

Y contra la vitrina resultó que estaba también un señorón. Este puede ser un gilberto fácil de engañar. Lo miró atento hasta que se encontraron los dos pares de ojos. Este es de plata y mando. Era un mundo que intuía difícil y áspero, repleto de trabas, lleno de signos y actitudes mágicas. Puso mirada de misericordia y sintió miedo. Entonces escuchó:

—¿Qué quieres?

Y él no respondió. ¿Qué quería él? Se había criado a fuerza de golpes y más golpes, pero eso era lo común, como la lluvia o el viento. De médico podía pasar a fabricante de edificios. El señorón olía a monte florido.

—Anda, vete por ahí.

Por ahí estaba su mundo, con sus olores y colores que entraban a su sangre para alimentarlo. ¿El mundo del señorón para qué servía? Lo volvió a mirar con cierto sarcasmo.

Una vez fue a darle al rancho y él no tenía más faena que aguantar dentro junto a la ventana para dar la voz de alarma si llegaba el caso. Y mientras estuvo allá entre las sombras y las siluetas, sintió que se le encogía el alma. Aquello de las alfombras, los cuadros, los muebles como animales encantados, brillos de lucifer, cortinas y escondrijos misteriosos. Le dio un fuerte sofoco que no se le quitó hasta que pudo respirar libre en la calle. Y no fue miedo lo que me dio. No, que no... Fue otra la causa.

El señorón dio un paso, otro, con cautela y el emprendió carrera en dirección opuesta. Aspiró aire por las narices para llenar los pulmones. Eso se lo enseñó uno que practicaba el yoga. ¡Hasta me pudo agarrar! Porque ahora tenía la firmeza de que el señorón era uno de los del mando. Y van y ordenan encerrar a uno. Y no le gustaba lo del amparo. Trabajo inútil, disciplina, preguntadera.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ezequiel Matallana —rápido y aplomado—. Fue en la tercera vez que lo encerraron. Fue cuando lo pescaron después de un carrerón con dos compañeros más y una llanta rodando. Y le habían echado la culpa.

—Me fui, me volé de la casa porque mis padres se separaron y he sufrido mucho. ¡Pero yo no fui, no fui! Tenía mi cajón para lustrar zapatos pero me lo robaron. Estuve como año y para dos en el colegio. ¡Yo no fui, no! Luego limosneo. Yo, pues que sí, yo no fui, ¡yo quiero trabajar!

—¿Y en qué?

—Mecánica —respondió aplomado y con satisfacción pues la palabra le sonó bonita—. Puso aire de soñador y cayó en gracia a las autoridades del amparo. Lo mandaron para ayudante de cocina.

Este es el hijo de su madre —se dijo— y este corretea libre y lógico. Dos con treinta, treinta. Para galletas, tas. El chorro de gentes era como viento en pradera. Todos somos pobres y los ricos para qué quieren hacer males... Y todos son rateros y trabajadores también. Yo no vivo buscando ruido a nadie. Había trabajado en carpintería, ayudante de camión de plaza de mercado, de lustrador de zapatos, voceó periódicos, y hasta en una semana santa le dieron sardinas de contrabando para vender.

Y da regusto estar como uno está y con los de uno ¿Qué es legítimo, qué ilegítimo?

Vio que en la zona de estacionamiento se detenía un auto y fue hacia él.

—Le cuido el carro, doctor. Me llamo Pedrito Rosario —plantó las manos en la brillante carrocería y se miró en el vidrio. El del auto se fue.

Si tuviera dinero me compraría una casa, llevaría a mamá y tendría hijos. Quiero saber de mucho, y alto y parejo. Quiero ser capitán. Y contra el vidrio hízose muecas, las mismas que practicaba a las muchachas en las reuniones de su recocha, de su pandilla. En esas fiestas se está de lindo, se platica de igual a igual, de hermano a hermano. Empezó de nuevo a dar saltos y piruetas hasta que escuchó que le llamaban:

—¡Ven!

Y ya tenía otra moneda de veinte en la mano. Le hizo gracia. Y uno que no está en lo de la limosna. Estoy en el trabajo. Dio otras piruetas y aquel doctor que le dio la moneda entró al edificio y se metió al ascensor. El sol, en ese instante, puso de oro la cabecera del edificio y le hicieron guiños los vidrios de las ventanas. Ya definitivamente había que hacer algo para terminar la tarde. Se fue caminando despacio entre el río humano y la vio llegar. Iba el bolso al descuido colgando de un brazo de la señora. Tensionó los músculos, un brillo firme asomó a sus ojos. Sopesó como en relámpago toda la geografía de la calle. Estaba dueño. Ya iba a lanzar la flecha de su brazo cuando llegaron claras a sus oídos estas palabras:

—¡Mamá!... y para ser grande y persona de provecho, ¿qué hay que hacer?

La señora llevaba de la mano a un niño como de unos diez años, limpio, bien arreglado, con zapatos de charol. ¿Y el problema? Había desperdiciado la ocasión, pero degustó un murmullo de agua de cascada, fresca y limpia. Esto me pasa a mi por ponerme zonzo.

—Los ricos allá y los pobres acá —escuchaba decir al padrastro de turno—. Y la situación está que se alza. Hoy no se puede confiar. Lo de hoy para hoy y lo de mañana veremos. La gente es indiferente con lo que le ocurre a los demás.

Y la mamacita había recalado:

—Cuanto ordenan y organizan los ricos es injusto, impío, que sí, y mi persona está en desacuerdo, aun cuando reconozca que los ricos son muy humillados y tener plata tampoco es bueno.

Luego comenzó la fiesta y la Luisa andaba con el que tenía ahora, ¿Los otros dos hermanos?... Sabrá mi Diosito por dónde. Mi Diosito que me mete en aprietos. Iba algunas veces, muy raras veces, a misa. Dentro de la iglesia se encontraba bien, limpio de malas intenciones, pero no confiaba en los sacerdotes. En el amparo el sacerdote les llamaba hijos míos.

—Y el robo se ha hecho para los pobres —recalcó a su vez con voz firme.

—Este muchacho está ya chévere —sonrió el padrastro. —Se puede confiar en él.

—Y uno para dónde va a ir sino para lo mismo —se atrevió aun a añadir y recapacitando sobre el significado de lo que había dicho.

Y entonces el padrastro comenzó a leer algo en los diarios en que se señalaban vicios de la clase baja y características de raza. Leyó muy despacio: Factores si-co-lo-gi-cos, eco-eco-logicos y bio bio-logicos. Obstrucción en las ambiciones que produce conductas desviadas. Y ya no pudo seguir con la lectura.

Entró al almacén grande de tántas y tántas cosas diferentes para la venta. Había sentido hambre. Vio de lejos y escabulléndose al muchacho

con quien antes peleó. Pa mi que los hay algunos buenos y amigos leales, pero que los hay también que se la pasan dándoselas de más gozques que uno. Había decidido comer chocolate, porque el niño de la mamá con el bolso ya debía haberse comido su chocolate de la tarde. Puso su cara de limosnero y ojo avizor a los vigilantes del almacén. El ya los conocía. Y en cuanto estuvo a punto ascendió y descendió su mano con velocidad eléctrica. Se achicó entre el mujerío que compraba y la mano libre la extendió para pedir moneditas. Tenía dos pastillas de chocolate en el bolsillo. Emprendió la retirada y cuando el vigilante lo descubrió, dio brincos, se echó al suelo, comenzó a gatear lloriqueando como si ya le hubieran golpeado, mientras llamaba a la compasión de la clientela:

—¡Es que ni una monedita le dejan a uno ganarse!

Se dirigió a toda prisa hacia el solar donde tenía el cuartel general de emergencia con sus compañeros de barriada. No estaba lejos. En cuanto entró por el hueco de la pared de ladrillos, descubrió al **Bizco** y a **La Tijera**.

—De seguro ustedes haciendo cochinas... ¡Tomen y coman, so enamoraos! —y les regaló una de las pastillas de chocolate. Comieron los tres sin proferir palabra. **La Tijera** era menudita, de ojos tristes y sumisa. Después buscó en su escondrijo las alpargatas de caucho y lona y se las calzó.

—Tu estás cerrando ya, ¿eh? —le dijo **El Bizco**.

—Pa mi hoy se acabó ya el trabajo.

Salió recreándose con el ambiente. Miraba a derecha e izquierda, despacio, como oficinista a la hora de salida. El chocolate le daba un regusto dulzón y espeso. Aquella vez sí que fue buena. Sonrió íntimo y nostálgico. Aquella vez la madre había apañado en la lavandería dos billetes de a veinte. Compraron galletas y dos libras de chocolate y panela. Los tres, la mamá, la Luisa y el, cogieron camino hacia su rincón predilecto en las faldas de la montaña, donde manaba una fuente de agua fría y pura. Se lo comieron todo y bebieron agua, contentos, después se durmieron sobre la hierba. Es que uno a veces se las da buenas. Esta noche pal cine, que no hay otra. Le gustaba mucho el cine. El barullo de la calle le colmó de alegría y buenas intenciones. Y entonces ¡Zas!, sintió el golpe y vio al automóvil y al camión chocados. Corrió presuroso hacia allá. Una señora sacaba su cabeza delicada por la ventanilla del auto; del camión bajaba un hombre de mal talante. El lo encontró muy parecido a **El Comelón**, y le entró rabia. La señora estaba aturdida y ya estaba armado el corrillo de los curiosos. El corazón le golpeó y se decidió.

—Yo lo he visto, mi señora linda, lo he visto, ¡usté no ha tenido culpa!

La señora se acobardaba, no sabía qué hacer. El vio sobre el asiento del auto el bolso de ella, abandonado, olvidado. Una de dos, se dijo, o la de las buenas o la de siempre. Y recalcó tirando suave del vestido de la señora para que le escuchara:

—Yo puedo declarar a su favor, puedo.

La señora, por fin, reparó en el.

—¡Uuyy que sucio, pero qué requetesucio! ¡Tu, apártate!

El chofer del camión, el que se parecía a **El Comelón**, dominaba la situación. Volvió a tirarla del vestido y estaba observando al mismo tiempo el bolso.

Una de dos. Una de dos.

—Mire que sí puedo, mi señora linda.

—¡Tu apártate, apártate! Tu no sirves, ¡tu estás fuera de concurso!

La señora tenía ya las de perder. El corrillo de curiosos estaba de parte del fornido chofer del camión lechero. El, sintió que se le apagaban los murmullos de su corazón. La miró por última vez dándole lástima. ¡Pero que vaina, hermano! ¿Y yo?

Dio un brinco y un empujón y dos o tres gritos de jolgorio, escurriéndose entre las piernas de los curiosos. Llevaba el bolso apretado y oculto entre sus dos brazos.